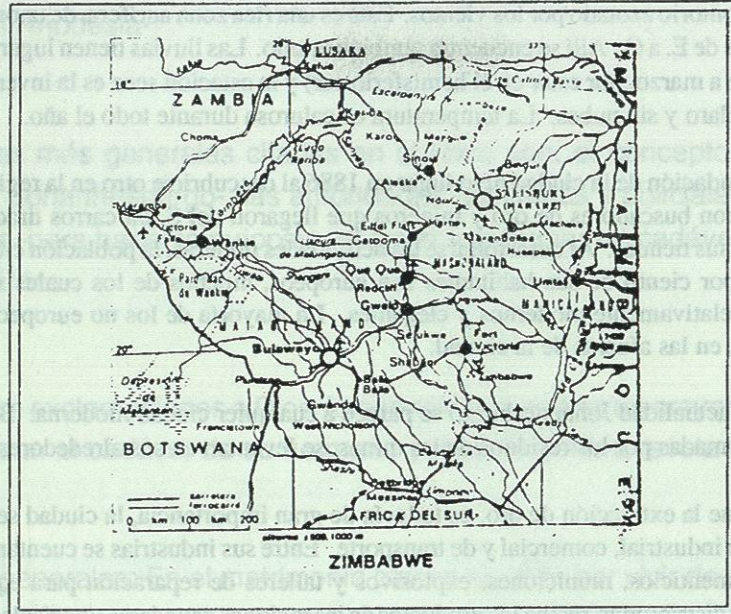


3.- En qué lugar del mundo se localiza Rhodesia.

Ficha de Resumen: Se encuentra en el continente africano en su lado sureste, colinda con Botswana, Sudáfrica y Mozambique. Se proclamó su independencia en 1980 y cambió su nombre a Zimbabue.

Mapa o Gráfica con la respuesta



Larousse, Diccionario usual, p. 720,
México, 1985.

4.- La situación social de Johannesburgo. Historia de Sudáfrica

FICHA TEXTUAL:

Historia

"El cabo de Buena Esperanza fue descubierto en 1488 por el navegante portugués Bartolomé Dias. Pero la colonización europea no comenzó hasta 1652, cuando un pequeño grupo de holandeses, bajo la dirección de Juan Van Riebeeek, estableció una base el comercio marítimo con la India y Oriente, en el sitio ocupado actualmente por la Ciudad del Cabo. A los primeros colonos holandeses se unieron más tarde otros grupos holandeses y 200 hugonotes franceses que abandonaron su país en 1685, después de haber sido privados de sus derechos civiles y religiosos. Los colonos de origen holandés y sus descendientes llegaron a ser conocidos con el nombre de bóers".

4.- (Historia de Sudáfrica)

SUDÁFRICA

"También fueron factores importantes en el aumento de la población la llegada de malayos y otros asiáticos y la esclavitud de gran número de hotentotes y bosquimanos, aborígenes de la región. Los matrimonios entre los aborígenes y colonizadores blancos dieron lugar a la población mestiza de la región. A dicho grupo pertenece hoy una gran parte de los habitantes de la Ciudad de Cabo.

Por el año 1795 había unos 14.000 colonos europeos en la colonia del Cabo. Ese mismo año el gobierno de la Ciudad del Cabo pasó a manos inglesas como resultado de las guerras posrevolucionarias de Francia, para volver al poder holandés, en 1803 y de nuevo al dominio inglés en 1806. Esta vez fue definitivo el cambio y así se reconoció en 1814 por el tratado de París. Seis años después 5.000 colonos británicos se habían establecido en la colonia.

Descontentos bajo la dominación inglesa, los bóers empezaron a abandonar en gran número la colonia del Cabo. Estos emigrantes se dirigieron con sus familias hacia las regiones inhabitadas del interior.

La gran emigración o Gran Trek (viaje, en holandés) empezó desde la colonia del cabo en 1835, y en 1838 los bóers fundaron Natal en el SE. de África meridional. La anexión de Natal por los ingleses cinco años más tarde empujó a los bóers a avanzar hacia el interior y a fundar el Estado Libre de Orange (1954) y la República del Transvaal (1956), llamada primeramente República Sudafricana. Los colonos holandeses que se dirigían hacia el NE. se encontraron con las tribus bantúes (zulúes, basutos y otras) que avanzaban hacia el SO., en un movimiento propio de expansión, y el resultado fueron las sangrientas guerras cafres entre las tribus y los blancos, que continuaron hasta 1880, cuando las tropas inglesas destruyeron las últimas fuerzas militares de los zulúes.

Durante el siglo XIX continuó aumentando la tirantez de las relaciones entre los ingleses de la colonia del Cabo y de Natal y los bóers del Estado Libre de Orange y del Transvaal. El descubrimiento de los yacimientos de diamantes de Kimberley en 1867 y de los campos auríferos de Witwatersrand, en la región del Transvaal, en 1884, dio una nueva proporción a la rivalidad y en 1899 estalló la guerra llamada anglo-bóer entre los ingleses y los colonos holandeses. Los primeros resultaron victoriosos y en 1902 se firmó la paz en Vereeniging.

Por ley de 1909, ratificada en 1910, se creó la Unión Sudafricana. Los poderes radicaban en el gobierno central, que tenía autoridad en cuestiones de legislación provincial. El monarca inglés estaba representado por un gobernador general, aunque el poder ejecutivo y el legislativo lo ejercían el primer ministro y su gabinete y el parlamento de la Unión. Al constituirse la república, en 1961, el gobernador general fue sustituido por un presidente de estado.

La separación de la Comunidad Británica de Naciones fue promovida por el Partido Nacionalista, dominado por los afrikaanders o descendientes de los bóers, que lograron el control del gobierno en 1948 e iniciaron la política conocida como apartheid, sobre la base de una estricta clasificación racial".

CONT.

"El grupo blanco, de ascendencia europea (holandesa, francesa e inglesa), forma el 19% de la población; los mestizos (coloureds) e inmigrantes asiáticos (principalmente hindúes) alcanzan el 11%; y los africanos negros (bantúes según la denominación oficial) constituyen el 70% restante. Las lenguas oficiales son el inglés y el afrikaans. Este último proviene del holandés del siglo XVII mezclado con palabras africanas. Los bantúes hablan varios dialectos propios aceptados a veces como oficiales en determinadas regiones. Existe además una lengua franca llamada fanagolo que se usa en las zonas mineras.

El apartheid establece una rígida segregación entre los grupos raciales así como la dominación del estado y la sociedad por el grupo blanco. Los bantúes pertenecen a diversos grupos étnicos originarios de África. Los principales son: el xhosa, el zulú, el sotho, el tswana y el tsonya.

Dentro del sistema de apartheid se pretende concentrarlos en áreas geográficas tribales independientes. En 1976 Transkei se convirtió en el primer territorio bantú en recibir independencia de Sudáfrica; en 1977 tocó el turno a Bophuthatswana. Ninguno de estos estados, sin embargo, fue reconocido por la comunidad internacional, que los consideraba aún parte de la República Sudafricana.

Ha creado el apartheid una vigorosa oposición tanto interna, por parte de la mayoría no europea afectada (entre la que se incluye a los coloureds y asiáticos), como externa, por parte de otras naciones. Desde 1955 diversas organizaciones nacionalistas negras han tratado de combatir las restricciones al grupo bantú, algunas de las cuales son las prohibiciones legales para la concertación de matrimonios interraciales para cambiar de domicilio o salir de un bantustan sin permiso del gobierno, la exclusión o limitación extrema del voto, la prohibición de asociarse en sindicatos o de ejercer el derecho de huelga, así como una discriminación general en el uso de servicios públicos.

El gobierno respondió con una represión aún mayor de las libertades a los no europeos y para fines de 1964, los principales líderes de las mayorías africanas estaban encarcelados o exiliados y disueltas sus organizaciones.

En las NU se ha intentado desde 1962 la aplicación de sanciones económicas y diplomáticas como medio de ejercer presión sobre la República Sudafricana para que abandone su política de apartheid y para que acepte retirarse de África del Sudoeste (Namibia), cuyo mandato le fue revocado por las Naciones Unidas en 1966. A fines de los años setenta, Sudáfrica aceptaba ya la necesidad de permitir la independencia de Namibia, pero se negaba a entregar el poder al grupo insurgente, SWAPO, reconocido por las Naciones Unidas. Asimismo, pretendía conservar control sobre la Bahía de Walvis, único puerto de altura de Namibia. En diciembre de 1978, Sudáfrica organizó elecciones en Namibia sin reconocimiento de la comunidad internacional o de SWAPO. En mayo de 1979 se creó en Namibia una asamblea nacional con poder para determinar el presupuesto del territorio y promulgar ciertas leyes".

Enciclopedia Barsa, Tomo 14, pp. 43 A, B y C, México, 1981.

Dos metros de tierra

Nadine Gordimer

Mi esposa y yo no somos auténticos granjeros, y Lerice aún menos que yo, desde luego. Está nuestra finca a tres leguas de Johannesburgo, junto a una de las carreteras principales, y la adquirimos con ánimo de introducir un cambio en nuestra vida, supongo. Hay mucho de desconcertante en un matrimonio como el nuestro. Cuando sondea uno un matrimonio, espera encontrar un profundo silencio de satisfacción. No es que la granja nos lo haya deparado, por supuesto, pero ha conseguido otras cosas inesperadas, ilógicas. Lerice, a quien había esperado ver encerrada en una melancolía a lo Chejov durante un par de meses, dejando después el campo libre a los criados mientras volvía al intento de obtener un papel de su agrado, a fin de llegar a ser la actriz con quien siempre soñara, se ha enfrascado totalmente en el trabajo de administrar la finca, poniendo en ello la misma seriedad y vehemencia con que en otro tiempo se desvivía por interpretar los recovecos de la mente de un dramaturgo. Hace tiempo que yo hubiese dejado la granja de no haber sido por ella. Sus manos, antes menudas, suaves, bien cuidadas -no era de esas actrices que se pintan las uñas y llevan sortijas de brillantes-, son bastas ahora como los pulpejos callosos de un perro.

Como digo, yo sólo paso allí las noches y los fines de semana. Soy socio de una agencia de viajes de lujo, un negocio floreciente, pues no tiene más remedio que serlo, como digo a Lerice, para poder sostener la granja. Sin embargo, aunque sé que está fuera de mis posibilidades, y aunque el olor dulzón de las gallinas que cría Lerice me pone malo, de modo que procuro siempre no tropezarme con ellas, la granja tiene un no sé qué de hermoso que yo había prácticamente olvidado. Sobre todo los domingos por la mañana cuando me levanto y voy a los corrales, y no veo las palmeras, ni los viveros, ni las pajareras de piedra artificial del extrarradio urbano, sino los patos blancos del estanque, el campo de alfalfa reluciente como ordenado por un escaparatista, y el toro pequeño y rechoncho de ojos atravesados, rijoso pero aburrido, dejándose lamer cariñosamente la cara por una de sus concubinas. Lerice sale despeinada. Trae en la mano un palo del que gotea desinfectante para el ganado. Se detiene y parece ensimismada por un momento, como si estuviera representando una de sus comedias. "Se juntarán mañana", dice. "Ya llevan dos días. Fíjate cómo le quiere a mi pequeño Napoleón." De forma que cuando viene gente a vernos el domingo por la tarde, no es raro que yo mismo me sorprenda diciendo a quien sea, mientras preparo las copas:

"Cuando vuelvo a casa todos los días desde la ciudad, al pasar por esos bloques de casas de las afueras, me pregunto cómo demonios hemos podido aguantar el vivir allí... ¿Queréis echar un vistazo a esto?" Y entonces me llevo a una guapa muchacha y a su joven esposo a trompicones hasta la orilla del río, la chica enganchándose las medias en las cañas de maíz y sorteando boñigas de vaca rumorosas de moscas verdes como esmeraldas, mientras dice: "...las tensiones de la maldita ciudad. ¡Y tú además estás cerca, si un día quieres ir al cine o al teatro! ¡Qué estupendo! ¡Tienes las dos cosas!"

Y yo por un momento acepto el triunfo como si de veras hubiese logrado ese imposible por el que llevo luchando toda mi vida; precisamente como si la verdad estuviera en lograr esas "dos cosas", en lugar de contentarse no con la una o con la otra, sino con una tercera, por cuya consecución no hubiera dado paso alguno.

Pero hasta en nuestros ratos de mayor desapasionamiento, cuando los entusiasmos agrícolas de Lerice me parecen tan insoportables como en otros tiempos sus afanes histriónicos, y ella ve en los que llama mis "celos" por su capacidad de entusiasmo una prueba tan grande como

siempre de mi incapacidad de identificación con ella, creemos sinceramente que, en definitiva, hemos sabido sustraernos de veras a esas tensiones propias de la ciudad de que hablan nuestros visitantes. Cuando la gente de Johannesburgo habla de "tensión", no se refiere a los transeúntes apresurados en las calles populosas, a la lucha por el dinero o al carácter de competencia generalizada de la vida urbana. Alude al hecho de que los blancos hayan de dormir con las armas debajo de la almohada, y a las rejas que protegen sus ventanas contra los asaltos. Piensa en esos momentos insólitos que se dan en las calles de la ciudad cuando un negro no quiere ceder la acera a un blanco.

Pero en el campo, sólo a tres leguas de distancia, la vida es otra cosa. En el campo todavía queda el rescoldo de épocas anteriores; nuestras relaciones con los negros son casi feudales. Injustas, de acuerdo; anticuadas, pero más cómodas para todos. Aquí no tenemos ni rejas en las ventanas ni armas. Los gañanes de Lerice viven en la granja con sus esposas y sus críos. Destilan su cerveza ácida sin miedo a las batidas de la policía. Si vamos a decir, siempre nos hemos sentido bastante orgullosos de que los pobres diablos que viven con nosotros no tengan mucho que temer; Lerice hasta se interesa por los niños, con la competencia que puede suponerse en una mujer que no ha tenido hijos propios, y aun hace de médico de todos ellos -niños y adultos- y los cuida como a unos angelitos cuando se ponen malos.

Esta es la causa de que no nos sobresaltáramos demasiado cuando una noche del invierno pasado el mozo Albert vino a llamar a nuestra ventana mucho después de la hora de acostarnos. Yo no estaba en la cama, sino durmiendo en la pequeña pieza, antealcoba y ropero en una pieza, ya que me había disgustado con Lerice y estaba dispuesto a no dejarme ablandar sólo por el suave aroma de los polvos de talco sobre su piel, recién bañada. Vino ella y me despertó.

-Dice Albert que uno de los muchachos está muy enfermo, me dijo-. Más vale que vayas a ver, creo yo. No iban a despertarnos a estas horas si la cosa no tuviese importancia.

-¿Qué hora es?

-La que sea, ¿qué más da? -Lerice es de una lógica exasperante.

Me levanté con aire desmañado, bajo sus ojos atentos (¿por qué he de parecer siempre un necio cuando he despertado de su cama?).

De todos modos, por la forma en que procura siempre no mirarme cuando me habla en el desayuno al día siguiente sé que está herida y humillada por mis desatenciones; y salí, medio sonámbulo.

-¿De qué muchacho se trata? -pregunté a Albert por el camino, a la luz fluctuante de una antorcha.

-Está malo. Muy malo. *baas* -dijo por toda respuesta.

¿Pero quién? ¿Franz? -Me acordé de Franz, que había tenido un fuerte catarro la semana anterior.

Albert no contestó; me había cedido la senda y caminaba a mi lado, entre las altas hierbas secas. La luz de la antorcha le dio de lleno en la cara, y observé que parecía profundamente turbado.

-¿Pero qué es lo que pasa? -inquirí.

El bajó la cabeza, rehuendo la luz.

-No es cosa mía, *baas*. No sé. Me ha mandado Petrus.

Irritado, le hice apresurarse hacia las cabañas y allí, en el propio catre de Petrus (un armazón de hierro montado sobre soportes de ladrillos), vimos a un joven muerto. Aún brillaba en su frente un leve sudor frío, pero el cuerpo lo tenía caliente. Rodeábanle los muchachos en esa actitud que adoptan en la cocina cuando se descubre que alguien ha roto un plato: distantes, silenciosos. La mujer de uno de ellos se movía en la sombra, retorciéndose las manos bajo el delantal.

Hacía que no veía yo un hombre muerto desde la guerra. Aquel era completamente distinto. Y me sentí como los demás: extraño, inoportuno.

-¿Qué ha pasado? -pregunté.

La mujer se dio unos golpecitos en el pecho y meneó la cabeza, expresando así la angustia de no poder respirar.

Debía de haber muerto de pulmonía. me volví hacia Petrus:

-¿Quién era este muchacho? ¿Qué hacía aquí? -La luz de una vela colocada en el piso reveló que Petrus estaba llorando. Salí, y él detrás.

Una vez fuera, en plena oscuridad, esperé a que hablase. Pero seguía encerrado en su mutismo.

-Vamos, Petrus, tienes que decirme quién era ese chico. ¿Era amigo tuyo?

-Es mi hermano, *baas*. Vino de Rhodesia a buscar trabajo.

La historia no dejó de sorprendernos, tanto a Lerice como a mí. El muchacho se había venido desde Rhodesia para buscar trabajo en Johannesburgo. Debió de coger frío de dormir a la intemperie durante el viaje, y había caído enfermo en la cabaña de su hermano Petrus, cuando llegó tres días atrás. Los demás no se habían atrevido a pedirme ayuda, ya que ni siquiera teníamos idea de su presencia. A los indígenas rhodesianos les está prohibido entrar en La Unión, a no ser que dispongan de salvoconducto; el joven era un inmigrante ilegal. Sin duda nuestros muchachos habían conseguido arreglarlo todo con éxito en varias ocasiones anteriores; una buena serie de parientes debió de recorrer en su día los mil y pico kilómetros que van de la pobreza al paraíso de los trajes charros y baratos, de las batidas de la policía y de los barrios bajos negros que es su *Egoli*, su Ciudad de Oro: nombre bantú de Johannesburgo. Todo se reducía a tener escondido al hombre en nuestra granja hasta encontrar la oportunidad de emplearle con alguien que quisiera correr los riesgos de una denuncia por dar trabajo a un inmigrante ilegal, a cambio de los servicios de una persona no corrompida todavía por la urbe... De todos modos, aquel ya no volvería a levantarse.

-Podían habérmelo dicho, por lo menos- comentó Lerice a la mañana siguiente-. Una vez que el muchacho se puso enfermo... ¿Cómo no nos avisaron...?